



## DOMINGO DE RAMOS.

**H**OY se abre la Gran Semana con la fiesta de la procesion de Ramos.

Acercábase Jesus á Jerusalem á aquella ciudad que debía de ser testigo de sus inauditos padecimientos; seguíanle sus discípulos de cerca, y caminaban todos silenciosos como si tuvieran ante su vista el doloroso cuadro que muy pronto habían de ver realizado.

La hora de la pasion iba á sonar. Jesus llamó á dos de sus discípulos y les dijo: "Id á esa aldea que está adelante de vosotros, y llegando hallareis una asna atada y su asnillo con ella; desatadla y traedla."

Los discípulos hicieron lo que Jesus les mandaba y cubrieron la mansa cabalgadura con sus capas y el Maestro montó sobre ella.

A medida que avanzaban, la multitud que los encontró á su paso, extendía sus mantos por el camino, otros cortaban ramas de árboles y las arrojaban al suelo alfombrando con ellos el camino que recorría el Cristo en su entrada á la Ciudad Santa.

"¡ Bendito sea el rey que viene en el nombre del Señor! ¡ Paz en la tierra, y gloria en lo alto de los cielos! Hosana al hijo de David!" exclamaban las turbas arrebatadas de gozo y llenas del Espiritu de Dios.

Entraba triunfante el Rey de los Judios, sus discípulos eran toda su corte; en vez de doradas carrozas y de soberbios caballos, un asno lo conducía, los pobres mantos de sus oscuros discípulos hechos de burda tela suplían la rica púrpura que ostentan los reyes, ramas de verdes árboles hacen las veces de obeliscos, arcos triunfales y marmóreos monumentos que levanta la grandeza humana para festejar á sus soberanos, y en vez de oirse las alabanzas de los potentados y palaciegos de la corte, se oían las sencillas alabanzas de humildes de corazón, de los desheredados de la tierra.

Y sin embargo, aquel acontecimiento efectuado allá en un lugar lejano y oscuro de nuestro planeta ha pasado ha través de los siglos de generacion en generacion, ocupando todas las conciencias, imponiéndose en todos los corazones, narrado por todas las lenguas y en todos los idiomas, recordado lo mismo por el niño que por el anciano, tanto en la cabaña como en los palacios; el sabio lo ha gra-

bado en los libros, el orador lo ha revivido y animado con su palabra, el pintor con sus colores, el escultor con su cincel, y todos á su recuerdo han sentido el pecho inundarse de misteriosos sentimientos.

¿Qué se hicieron las glorias de los Césares? ¿Qué los monumentos que se levantaron para eternizar la memoria de los conquistadores? ¿Dónde están Alejandro, Aníbal, Carlo Magno, Napoleon y otros mil que asombraron al mundo? ¿Dónde están los triunfales monumentos que se elevaron á su paso, reminiscencias de sus gloriosos hechos? ¿Qué recuerdan sus hazañas? ¿Qué corazones palpitan al pronunciar sus nombres? ¿Quién los idora en sacros altares? ¿Quién sufre el martirio por sus doctrinas y su causa?..... Nadie.

Barrió la muerte con su soplo helado sus vidas, el tiempo arrasó los monumentos consagrados á sus memorias, los olvidó la generacion siguiente á aquella que fué testigo de sus hechos, feneció el amor que los consagraron algunos, cuando aún sus cuerpos no habían sido destruidos por los gusanos; la veneracion de que fueron objeto se perdió cuando aún no habían enfriádose sus cadáveres, y ni una lágrima, ni un suspiro, ni un sufrimiento, ni una gota de sangre se han derramado despues de su muerte.

Los hombres que viven en el panteon de la Historia, tienen pasado, presente y futuro; en el pasado nada fueron, en el presente brillaron un instante cual rápidos meteoros en el futuro viven con la pálida vida de la Historia.

Cristo no pertenece á la Historia porque no tiene ni pasado, ni presente, ni futuro; vivió siempre y sigue viviendo en los corazones de todos con la vida de la fé y del amor; no ha muerto ni morirá mientras el orbe rueda sobre sus ejes de diamante.

Llena la tierra con su nombre, arrastró tras sí á las generaciones todas que le han sucedido, inflama las almas, alumbrá las inteligencias, y vivirá en las conciencias tanto cuanto deba vivir sobre esta tierra la humanidad que la habita y cuanto deba durar la eternidad que espera á las almas de los hijos de Adan.

Jesus, hoy que la Iglesia recuerda tu entrada triunfal á Jerusalem, dignate, Cristo divino, entrar en los corazones de tus hijos que te aman, para que éstos puedan repetir como en otro tiempo el pueblo que vitoreó tu entrada á la Ciudad Santa:

"¡ Hosana! ¡ Hosana! bendito sea el rey de Israel que viene en el nombre del Señor."

## A MARIA AL PIE DE LA CRUZ.

Quis est homo, qui non fletet  
Matrem Christi, si videret  
In tanto supplicio?

No ya de Nazaret fecha bendita  
En que llena de gracia te saluda  
El Arcángel Gabriel y felicita  
Como Madre de Dios,  
Ni ménos de Belen delicia tanta  
Con que el "Gloria in excelsis" escucharas  
Cuando el mundo salvó porque tu planta  
Enmudeció á Satan,  
Ni el "¡ Hosana!" entusiasta de otro tiempo  
Que el pueblo vitoreaba á Cristo amado  
Cuando en triunfo llevóse hasta el gran templo  
De la bella Salem,  
Vengo á cantarte, Madre mía; yo quiero,  
Llorar y recordarte el "Cruxifige"  
De aquel pueblo infeliz, ingrato y fiero  
Que tu pecho transó  
Y acompañarte allá en la cima ardiente  
Al pie de la ignominia más tremenda  
Mirando á tu hijo de la cruz pendiente  
Cual lo tiene el amor,  
Perdon alcanza de su Eterno Padre  
Y tú tambien lo alcanzas, madre mía,  
Para el verdugo pueblo, ¡ Virgen madre!  
Cuán grande es tu bondad.  
En tanto el Sol á la mitad del cielo  
Baña tu rostro con candentes rayos,  
Que en hacerte sufrir cifra su anhelo  
La natura tambien.  
"Mujer" te dice, desde lo alto tu hijo;  
Y sientes de dolor tantos raudales,  
Que volviendo tu rostro en la cruz fijo  
Nada puedes decir.  
No ya de "Madre" el tierno y dulce nombre  
Oíste como siempre lo escuchabas;  
Misterio aquí se encierra, no te asombre,  
Acalla tu dolor.  
Y aquella ropa de tu mano hechura  
En que tu empeño redoblaste un dia,  
Disputada la ves con amargura  
En suerte y al azar.  
Y sin embargo de amargura tanta  
Y de la negra ingratitud del pueblo,  
Allí en tu corazón trono levanta  
La caridad y amor.  
Comienza la natura á quebrantarse,



Llega ya de Jesús la hora tremenda,  
El Sol se oscureió y á desplomarse  
Los cielos van tambien;  
Los muertos resucitan al estruendo,  
Las piedras chocan y los astros giran;  
¡¡ Ha muerto ya Jesús!... se está cumpliendo  
Lo que Ana reveló.  
El Padre Eterno desde el alto cielo  
Contempla que su encargo está cumplido,  
Y la raza de Adán de ingrato suelo  
Redimida quedó.  
Y al final de aquella obra sacrosanta,  
Y despues de cumplido este misterio,  
Sólo han quedado de amargura tanta  
Cuatro cosas no más:  
Un Dios pendiente de la cruz y yerto,  
Una Madre gemir junto al madero,  
Un mundo salvo, por la culpa muerto,  
Y el hombre ingrato y cruel.  
Nadie en el mundo tu dolor alivia  
Ni ménos te contempla con tristura,  
Sólo el ambiente de natura tibia  
Se mece en tu redor.  
Sin medida te colma de dolores  
Lo mucho que me quieres madre, mía,  
Y en pago de tus gracias y favores  
Mis crímenes sin fin.  
Perdon, perdon ¡ Oh mi querida madre!  
Olvida ya mi depravada vida;  
Pídele á tu hijo y al Eterno Padre,  
Me perdonen tambien.  
Concédeme te ruego que en la vida  
Siempre contemple tu penar acerbo,  
Y en la hora fatal de mi partida  
Tu rostro llegue á ver.

V F. F.

## EL JUEVES SANTO.

ENTRE las grandes y tiernas solemnidades del año no hay días que más interesen á la piedad de los fieles que el jueves y viernes santos, en que el divino Salvador dió á sus queridos hijos los más sublimes testimonios de su amor. Nada tendrá, pues, de extraño que hablemos de esas festividades tan conmovedoras cuya memoria nos invita la Iglesia á bendecir.

No siendo posible recorrer uno por uno todos los hechos misteriosos que señalaron los últimos pasos de la vida mortal de Jesús, digamos cuatro palabras sobre la institucion de la sagrada Eucaristía, misterio de los misterios, que resume todos los demás y que es el memorial de todo lo que por nosotros hizo y sufrió nuestro Señor Jesucristo. "El sacrificio Eucarístico, segun expresion del Profeta Real, es un compendio de todas las creaciones maravillosas del amor de Dios por los hombres. Al instituir la Eucaristía, Jesús agotó, permítase esta expresion, su poder, su sabiduría y su amor. Y si bien Jesucristo es Dios y Dios todopoderoso, no podía hacer más por nosotros: y si bien Dios es la sabiduría infinita, no podía obrar mejor; finalmente aunque es el supremo bien, no podía darnos más, dñse dió á sí mismo todo entero á nosotros; su cuerpo, su sangre, su alma, su divinidad.

¡ Oh amor de nuestro Dios! ¡ cuán profundas vuestras invenciones y cuán superiores á los nuestros vuestros pensamientos! Sin un rayo de vuestra divina luz no podrá el mortal comprender los admirables de sahogos de vuestro amor, y el resplandor de vuestras bondades lo cegará.

"Había llegado la hora dice San Juan, en que Jesús iba á pasar de este mundo á su Padre, hora que Jesús ya conocía desde la eternidad y de la cual decía poco ántes: "Mi hora aún no ha llegado." El Cenáculo estaba preparado: Pedro y Juan, la fé y el amor, lo habían adornado y dispuesto para celebrar la Pascua. Jesús rodeado de sus doce apóstoles, á los cuales acababa de lavar los pies, cumplió por última vez la ceremonia pascual, que los judíos celebraban con la mayor solemnidad, y había sido instituida por Moisés en memoria

de haberlos el Señor libortado del poder de Faraon abriéndoles paso por el medio del Mar Rojo, cuyas aguas luego cayeron sobre los egipcios y su rey, y los ahogaron. La salida de Egipto, como todas las grandes festividades del pueblo judáico, no eran más que una figura, y el día de Pascua ó del Tránsito una sombra y un símbolo.

La realidad se halla en la jornada en que Jesucristo, el verdadero Moisés, debía pasar por el Mar Rojo de la pasion y entrar en la tierra de los vivientes, la tierra prometida á los verdaderos hijos de Abraham, con el pueblo de la nueva alianza, que era el pueblo cristiano. Mas á fin de recordar para siempre á los hijos de Cristo su pasaje del destierro á la patria, esto es, su salida del mundo, que es la tierra del cautiverio y de la muerte, y su entrada en la Iglesia, vestíbulo del cielo, mansion de la vida y de la libertad, era preciso una nueva Pascua, una institucion permanente y tan duradera como la religion cristiana. Por esto el mismo día de su muerte, al acercarse aquella noche en que Júdeas debía entregarlo á sus verdugos, Jesucristo instituyó la Pascua cristiana, la divina Eucaristía.

De esta Pascua hablaba cuando decía á sus apóstoles: "Mucho he deseado celebrar esta Pascua con vosotros." Entónces al ser inmolado el cordero pascual, se nos da á todos nosotros el verdadero Cordero de Dios bajo la forma de un alimento inefable, y el hombre come el pan supersustancial, el pan de los ángeles.

Explicadnos, oh sagrados Evangelistas, explicadnos esas maravillas del amor de Jesús, y cómo amó hasta el fin, á los suyos que estaban en el mundo. Si vosotros no nos decís lo que habeis visto, lo que habeis oído, ¿quién se atrevería á creer tan portentosa verdad? Oigamos á San Lucas, cuyo lenguaje es el mismo de los demás evangelistas. Estando Jesús en la mesa, tomó el pan, y dando gracias á Dios lo partió y lo dió á sus apóstoles diciendo: "Este es mi cuerpo, que por vosotros se entrega á la muerte: haced esto en memoria de mí." Tomó tambien el cáliz diciendo: "Este cáliz es el nuevo testamento en mi sangre, que será derramada por vosotros." Siendo el mismo Jesucristo, dice San Cirilo, quien ha anunciado que ese pan se ha convertido en su cuerpo, ¿quién se atreverá á dudarlo? Y habiendo el mismo Jesucristo, que es la verdad eterna, dicho: este cáliz es mi sangre, ¿quién tendrá atrevimiento para negarlo? "Amen, amen." Señor Jesucristo, yo creo bajo vuestra palabra que realmente en este Sacramento está vuestro cuerpo y vuestra sangre, que nos habeis dejado ocultos bajo las especies sacramentales.

"Creo que el sacrificio que con vuestros apóstoles ofrecisteis ántes de vuestra pasion, es un vivo memorial de vuestra muerte dolorosa y que cuantas veces participaemos de ese Cuerpo y Sangre adorables en la Santa misa, anunciaremos vuestra agonía."

Mas, oh buen Jesús, ¿era preciso, para darnos la más estupenda prueba de vuestro amor, que escogieseis aquella misma hora en que los hombres ingratos estaban maquinando vuestro afrentoso suplicio? Sí, responden los santos: instituida en aquel momento, la Eucaristía nos recordará exactamente todos los dolores sufridos por Jesús para rescatarnos; su amor nos aparecerá tal cual es, más fuerte que la muerte, y en la escuela de la Eucaristía el discípulo de Jesús aprenderá á morir.

Sí, repito: porque ántes de abandonar Jesús la tierra, ¿no debía como un padre lleno de amor, asegurar el porvenir de sus hijos? ¿no debía dejar una herencia digna á su Iglesia, á esa esposa privilegiada, que Dios, mientras dormía el nuevo Adán en el lecho de la cruz, iba á formar de su abierto costado?

La Eucaristía es el legado de Jesucristo en su testamento. Jesucristo presente en la Eucaristía, será la vida de la Iglesia, el cora-

zon de donde manará la sangre divina que ha de animar á todos los miembros de su cuerpo místico. Ella dará la fuerza á los mártires, la sabiduría y la ciencia á los doctores, la virtud á las vírgenes, la autoridad á los pastores, la obediencia á los fieles, y á todos los que la recibieren con fé y amor, su gloria y todos los bienes en el cielo.

## EL AMOR A LA VIRGEN.

El huérfano que llora en la soledad del alma  
el pobre que no encuentra consuelo á su afliccion,  
el peregrino errante que la perdida calma  
busca en la religion:

el ánimo intranquilo que en la agitada vida  
se inclina ante los golpes de dura adversidad;  
el náufrago que siente rugir embravecida  
la ronca tempestad;

la desdichada madre que mira moribundo  
deshecha en tristes lágrimas, al hijo de su amor,  
todos cuantos suspiran, y sufren en el mundo  
hambre, sed y dolor;

el niño en sus temores, y el viejo en su agonía,  
el hombre hasta en su loco y ardiente frenesí:  
con religioso anhelo levantan Madre mía,  
sus manos hacia Ti.

Que tú eres el refugio, la luz y la esperanza  
de todos los que ciegos y sin consuelo van.  
Tu santa y pura mano refrena la venganza,  
sujeta el huracan;

las lágrimas enjuga, disipa las tormentas  
del mar y de la vida terror del corazon.  
Las olas alteradas, las penas violentas  
esclavas tuyas son

Por eso en las ciudades, y mares y desiertos  
tu nombre iris de gloria y de venturas es,  
y hasta en sus sepulturas el polvo de los muertos  
quiere besar tus pies.

G. N. DE A.

## VIERNES SANTO.

EN este día la Iglesia canta la muerte de Jesús.

Canto inmortal, cuya primera nota fué el hosanna de Jerusalem, cuyas misteriosas armonías llenan la historia de la humanidad, cuyo último acento será el eterno Aleluya de los eternos moradores de Sion.

Y ¿cómo no cantarla, si esa muerte fundó en el mundo el reinado imperecedero de la vida?

I

Por eso gimió la creacion entera, cuando se inclinó, herida por la eterna Justicia, la cabeza divina de Jesús.

Oscurecióse el sol, que bebía la luz en sus divinos ojos, cuando esos ojos apagaron sus brillos.

Las tempestades que dormían en el seno de las nubes y en las entrañas de los mares, se desataron con horrible furia y fragoso estruendo, porque había callado la poderosa voz que sosegaba los impetuosos vientos y aplacaba las irritadas olas.

Abandonaron los sepulcros los descarnados esqueletos, y señalando con el dedo la ensangrentada montaña, discurrieron por Jerusalem, graves, téticos, silenciosos, como sombras evocadas del abismo por el poder de un conjuro.

Los ángeles del cielo plegaron sus alas, se postraron humildemente y adoraron en silencio.

Así ensalzó el universo todo la muerte de Jesús.

II

Cantáronla despues Jerusalem y el pueblo.

Y todavía llenan los aires las lúgubres notas de su terrible canto. ¡ Ah, Israel! pueblo escogido y pueblo rey; enrojeciste tus vestiduras con la sangre de Jesús, te mofaste con sacrilega lengua de sus agonías y aclamaste su muerte con frenético entusiasmo...

Hiciste más.

Erguiste tu coronada cabeza para mirar de frente al solio de Jehová; desafiaste con insensato orgullo la terrible y vengadora espada del Dios de justicias, gritaste, ¡ des-



graciado! batiendo tus palmas tintas con la sangre del Justo: ¡caiga sobre mí la maldición divina!

La imprecatoria blasfemia fué escuchada: y Dios eterno, inmutable, impassible, lo maldijo desde su trono de luz y de gloria.

¡Maldición! repitieron, entónces, los coros de los ángeles en tono de alabanza. ¡Maldición! rugió la bramadora furia del inmenso mar. ¡Maldición! silbó horriblemente el poderoso aliento de los huracanes. ¡Maldición! exclamó la robusta voz de la tempestad con ronco y atronador acento, y loa montes y los valles repitieron esa palabra de exterminio: y hasta las hondas concavidades del abismo resonaron sus fúnebres y prolongados ecos. ¡Maldición! Sí; eterna terrible maldición han repetido todos los siglos y todas las generaciones; y en los sombríos dominios de la muerte el ángel custodio de los sepulcros lo ha repetido también, con triste y doloroso acento...

Y el pueblo ingrato no vive sino para sentir sobre los hombros su peso abrumador, ni tiene memoria sino para recordar su crimen, que como un sangriento espectro, pone en su corazón el miedo y el espanto; ni tiene ojos sino para ver las amontonadas ruinas de la ciudad santa y la desolacion de su destruido templo, ni tiene oídos sino para escuchar el llanto de los caminos de Sion, los tristes gemidos de sus sacerdotes y los amargos suspiros de sus vírgenes de escuálido y demacrado semblante, ni tiene pies sino para andar errante por el mundo, siendo objeto de oprobio y execracion para las gentes.

Así cantó Jerusalem la muerte de su Dios. Así canta el pueblo la muerte de su Rey.

¡Victima divina! la gloria eterna de tu muerte es el homenaje secular que le rinden tus verdugos.

## III

Sobre estas voces se levanta majestuosa, pura, sublime, abarcando el espacio y dominando los siglos la poderosa voz de la Iglesia Católica

Y la Iglesia canta la tragedia divina, porque para cantarla está agotada la inspiracion de los poetas, entorpecida la palabra de los oradores y fatigada la pluma de los sabios.

## A LA PRISION DE JESUS.

Un ejército furioso,  
 Todo de testigos falsos,  
 Donde es capitán la envidia,  
 Y el alférez es engaño,  
 De acero, miedo y mentiras  
 Para solo un hombre armados,  
 A Cristo presenta Anás,  
 Puesto á la garganta un lazo.  
 ¿Quién eres, hombre? le dice.  
 ¿De qué vives? ¿Qué es tu trato?  
 ¿Qué discípulos te siguen?  
 ¿En qué ciencias eres sabio?  
 Jesus, de paciencia ejemplo,  
 Responde los ojos bajos,  
 Con ser el más alto espejo  
 De su Padre Soberano:  
 Yo siempre hablé claramente,  
 Con mi doctrina enseñando  
 En público; que en secreto  
 No es la comision que traigo.  
 ¿Qué me preguntas á mí,  
 Pues que puedes preguntarlo  
 A tantos que me han oído,  
 Que ellos saben lo que trato?  
 ¿Así respondes? le dijo.  
 Alza la mano un soldado,  
 Y dió á Cristo un bofetón  
 Que dejó al cielo temblando.  
 Si hablé mal, da testimonio,  
 Responde el Cordero manso,  
 Y si bien ¿por qué me hieres?  
 ¡Ay cielos, vengad mi agravio!  
 Angeles, ¿cómo no fuísteis  
 Juntos á tenerle el brazo,  
 Pues por menores ofensas  
 Quitásteis la vida á tantos?

Por un arca abrasó el cielo  
 A los sacerdotes sacros,  
 ¿Y por la cara de Cristo  
 No se mueve solo un rayo?  
 Ni la cara se defiende  
 Con ser tan extraño caso  
 Poner la mano en el sol,  
 Sin abrasarse la mano.  
 Cayó del cielo Luzbel,  
 Pero no subió tan alto,  
 Que lo que hizo con Cristo  
 Fué no querer adorarlo...  
 ¡Ay Serenísima Virgen!  
 Con qué amor para estorbarlo,  
 Pusiérades vuestro rostro  
 A la sacrilega mano!  
 Cómo dijérades vos:  
 Si mi Hijo te ha enojado,  
 Amigo, hiere mi rostro,  
 No toques su rostro santo!  
 ¡Oh hermosa Reina del cielo!  
 ¡Si viérades vos los labios,  
 A quien vuestra leche dísteis,  
 Todos en sangre bañados!  
 Y aquellos hermosos dientes  
 Al fiero golpe temblando,  
 ¿Qué sintiera vuestro pecho  
 Si se rompen los de mármol!  
 A vos os dieron también,  
 Que el golpe de aquel ingrato  
 Fué trueno al rostro de Cristo  
 Y á vuestras entrañas, rayo.  
 Cristo mío de mi vida,  
 ¿Cómo, si yo soy esclavo,  
 Señalan tu hermoso rostro  
 Los dedos de aquella mano!  
 Bendiga tu amor el cielo,  
 Que yo, mi Jesus, no basto;  
 Pues siendo los yerros míos,  
 Quieres tú tener los clavos.  
 Bien mío, yo te prometo,  
 Si es tu bofetón agravio,  
 De vengarle en mi persona,  
 Tus azotes imitando,  
 Y de perdonar por tí  
 A quien me hubiese injuriado,  
 Imitando la respuesta  
 De tus labios soberanos.  
 Dejónos Adán un libro,  
 A quien del duelo llamaron  
 Sus míseros descendientes,  
 Que por él tuvieron tantos.  
 Con esas mortales iras  
 Dan los errores humanos  
 En vestir de honor al mundo  
 La venganza del agravio.  
 Mas ya, divino Señor,  
 Que el libro nos has dejado  
 De tu soberano rostro  
 Abierto de aquella mano,  
 Perdonaremos injurias,  
 Pues tú nos has enseñado  
 A pedir que nos perdonen  
 Del modo que perdonamos.

(DE FREY FELIX LOPE DE VEGA CARPIO.)

## DOMINGO DE RAMOS.

## I

ES la que por otro nombre llama la Iglesia "Semana Mayor" y que fué antiguamente llamada también "Semana de los grandes misterios." Todo efectivamente es grande y misterioso en ella. Lo son los hechos que recuerda, lo son las ceremonias con que los conmemora, lo son los sentimientos que inspira. No se puede dignamente hablar de la Semana Santa sin escribir sobre ella un libro entero; nos contentaremos, pues, con indicar aquí de ella lo más saliente y fundamental.

Abrese la Semana Santa con el Domingo de Ramos, hermosa conmemoracion de la triunfal entrada de Cristo en Jerusalem pocos dias antes de su muerte afrentosísima. Nada le faltó á quella sencilla demostracion para que fuese un verdadero triunfo. Entusiasmo popu-

lar, capas tendidas alfombrando la carrera laureles y olivos en torno del triunfador, cánticos y vítores en bocas tiernas é inocentes. Alborozo y alegría que anduvieron mezclados con lágrimas de afliccion, pues el Salvador objeto de tantos obsequios vióse precisado á derramarlas sobre la ciudad veleidosa que se los tributaba, previendo su inconstancia y los muy diferentes gritos con que dentro de poco debía pedir su muerte.

En las ceremonias de la Iglesia se retrata el doble aspecto de este misterio. Los cánticos son de regocijo, más el órgano enmudece y los ornamentos son violados. La iluminacion es sobria, y escaso el adorno del altar. Y porque los niños hebreos fueron los que en tal día desempeñaron el principal papel y merecieron por sus cánticos los elogios del Redentor, ¡cuán poéticamente ha introducido la fé del pueblo católico la costumbre de que los niños se presenten hoy con ramos y palmas á recibir la bendicion de la Iglesia, y templen la austeridad y santa tristeza de ella con su infantil alegría!

Para recordar la entrada de Cristo ha prescrito la Iglesia una sencilla procesion. Ciérranse durante la misma las puertas del templo. Ante ellas se detiene la comitiva á su regreso, y desde el interior cantan como la bienvenida al pacífico Triunfador dos niños de coro, con un himno cuya letra y música jamás he podido oír sin enternecimiento.

Cántase luego la Misa y en ella la historia de la Pasión, recitado semi-dramático entre un diácono que desempeña la parte de cronista y otro que canta la de Jesus.

Completa el severo cuadro de este día en nuestras catedrales y en muchas parroquias la solemne "Elevacion de la vera cruz." Nuestro pueblo ha comprendido la sublimidad de este acto, y asiste á él con verdadero entusiasmo. Sabido es que desde la Dominica de Pasión cubre la Iglesia en señal de luto todas sus cruces é imágenes. Mas con motivo de cantarse el Himno de la Santa Cruz en las Vísperas, descúbrese hoy por algunos momentos el signo de nuestra redencion, exponiéndolo á la adoracion de los fieles. Al empezarse un anejo velo roba todo el altar á los ojos del pueblo, el canto sacerdotal va siguiendo entre tanto hasta llegar al Himno indicado que se entona con desusada solemnidad. "Vexilla Regis prodeun. Enarbólanse las banderas de nuestro Rey," canta el coro, y juntando la accion á las palabras dos ministros aparecen á los lados del prebisterio tremolando las insignias gloriosas de la Pasión. Empero el velo sigue aún corrido ante el altar, y va prosiguiendo el Himno alternando en sus estrofas con el coro una música recogidísima. Llegase al verso "ó Cruz," y al principiarlo la música por diferente tono, álzase majestuosamente el velo que ocultaba el tabernáculo á las miradas impacientes del pueblo fiel, córrese aquel como rasgado por una mano invisible, apareciendo en el fondo con ricos ornamentos negros el sacerdote, levantando en alto el signo de nuestra redencion á la luz dudosa de las antorchas con que á su redor alumbran ocho sacerdotes. El grupo inmóvil é imponente, el recinto silencioso y sombrío, el pueblo postrado en las tendidas naves cebando sus ojos y su alma en aquel instrumento adorable de nuestra salud, que bien pronto va á robarse otra vez á sus fervorosas miradas. Nada interrumpe aquellos breves momentos de adoracion profundísima; sólo los acordes patéticos y gravemente melancólicos de los cantores acrecienta la impresion misteriosa del conjunto, resonando allí como ecos de otros siglos, mientras la colosal campana doblando con pausados intervalos sobre la muchedumbre postrada, pone el último sello de sublimidad y de grandeza á la augusta ceremonia.

## II

## JUEVES SANTO.

El sentimiento de dulce melancolía que domina esta semana en todas las ceremonias



del culto, truécase por algunos momentos en alegre solemnidad al llegarse la mañana del Juéves Santo. Los ornamentos son blancos, la iluminación espléndida, las campanas suenan regocijadas en el "Gloria in Excelsis," la música llena el Sagrado recinto con festivos acordes. Es un paréntesis de regocijo en medio de una semana de aflicción. ¿Por qué? Porque en la dolorosa Pasión del Redentor hubo también unos breves momentos que la Iglesia no puede recordar sin irsele el alma, como se dice, de puro consuelo. Es la institución de la santísima Eucaristía. Otro día te hablaré de ella, lector, que este asunto pide para sí capítulo aparte. Recuerda hoy solamente que Cristo en vísperas de morir sólo un pensamiento tuvo, el de favorecer á los suyos con el don precioso de su Cuerpo y Sangre, recuerda qué lección de humildad precedió á aquella institución augustísima. El Hijo de Dios dejando su manto, ceñida al cuerpo una toalla, lavó los pies de aquellos pobres pescadores, encareciendo luego el mutuo amor y el propio desprecio. Por esto lavan hoy algunos monarcas los pies á doce pobres en su real palacio, el prelado lo verifica en su catedral y el abad y la superiora en sus monasterios.

Acabada la Misa y tras una devotísima procesion se deposita el santísimo Sacramento en el Monumento, y vuelve todo á recordar única y exclusivamente la muerte del Salvador. Desnúdanse de sus adornos los altares, enmudecen las campanas y cobra todo el aspecto de la más sombría tristeza. El llamado "Monumento," suele serlo verdaderamente de la piedad de nuestro pueblo. Cuando le faltan los poderosos recursos del arte que emplea el Catolicismo en las grandes catedrales, su fé sencilla pero ardiente súplelos con ingeniosos ardidés: amontona en vistosa decoracion luces y flores; en medio del ramaje que rodea el sepulcro del Señor permite que las aves interrumpan con sus gorjeos el silencio del templo y nos trasladen con la imaginacion á aquel huerto en donde estuvo sepultado el buen Jesus. Cintas, alhajas, adornos de tocador, todo cuanto puedo parecer bello ó precioso á la devota madre ó á la piadosa doncella, son ofrecidos con amor para ornato del Monumento, y brillan en él como elocuente testimonio de la fé popular.

Los sublimes quejidos de Jeremías resuenan por la tarde en el templo, modulados en un canto llano, tierno y melancólico, que nos ha transmitido la tradicion. No los citarémos aquí; ¿qué hombre de mediano corazon no ha llorado con ellos? ¡Jamás rayó á tal altura la elegía profana en la lira de los más inspirados poetas, jamás con dolorosos acentos fueron lloradas la ruina de una ciudad y la desolacion de todo un pueblo!

## III

## VIERNES SANTO.

El sentimiento dominante el Juéves fué el de majestuosa solemnidad; el del Viérnes es el del profundísimo abatimiento. Repara de paso cómo las costumbres han ido acomodándose en todo á esta bellísima gradacion de sentimientos, guiadas por el espíritu de la Iglesia. Suspéndense los negocios y diversiones, andan á pie los príncipes y magnates, el silencio y composturas reinan en calles y plazas, la misma naturaleza parece tomar parte en aquel duelo general. Un solo sentimiento preocupa todos los corazones y refleja en todo su severidad y tristeza. ¿Quién no le ha visto á nuestro pueblo en la madrugada de este día recorriendo silenciosamente las estaciones hasta la hora de los Oficios divinos? ¿Quién no las ha visto, así á la ciudad como á la aldea, completamente transformadas, perdida su habitual fisonomía?

En los divinos Oficios, las ceremonias hoy más que nunca simbólicas y misteriosas, ofrecen un conjunto conmovedor, hiriendo con fuerza al ánimo más indiferente. La Iglesia viste de negro; los sacerdotes al llegar al altar tiéndense tocando con sus frentes el pavimen-

to, como en los días de luto hundían las suyas en el polvo los ancianos de Judá; el canto es árido y seco, apenas acompañado por uno que otro lúgubre instrumento. Despues del canto de la Pasión, la Iglesia como si estuviera en la cima ensangrentada del Calvario ante el cuerpo del Redentor todavía palpitante en la cruz, emplea largo rato en tiernas oraciones por todo el mundo, por príncipes y pueblos, por sacerdotes y seglares, por los herejes y cismáticos y judíos, por los gentiles y excomulgados, extendiendo á favor de todos su maternal solicitud del mismo modo que murió Cristo por todos. Lee, pueblo mío, aquella serie de oraciones que tienes traducida en tus manuales. Un protestante de gran talento y de gran corazon convirtiéndose al oír las en Roma, exclamando como Salomon en el célebre litigio de las dos madres: "Esta es la verdadera madre segun el amor que por todos manifiesta! ¡Esta es la verdadera esposa de Cristo llena del mismo espíritu de Cristo!" Sigue la adoracion de la cruz, que nuestros monarcas acompañan con el acto de indultar á varios reos de pena capital; ¡hermosa inspiracion del Catolicismo! Procédese inmediatamente á sacar de la sagrada urna el Cuerpo sacrosanto, que el sacerdote recibe de un modo parecido al de las Misas ordinarias, y concluye de repente todo en medio del mayor silencio.

Los templos quedan desiertos, sin adornos, ni luces ni flores, sin nada que indique la pasada solemnidad. El pueblo vuelve tranquilamente á sus ocupaciones, y al anoecer se nos hace difícil concebir que la mañana de aquel día haya sido una de las principales festividades del Cristianismo. No obstante, la Iglesia conserva hasta la Misa del día inmediato su misma severidad y muda tristeza. Si quisiese explicarte el efecto que en mí producen todos los años estas horas que median entre la terminacion del Oficio del Viérnes y el "Gloria in excelsis" de la Misa del Sábado, diría que son para la Iglesia esposa de Cristo lo que para una viuda desconsolada aquellas primeras horas de soledad y abatimiento que pasa la triste en el silencio de su habitacion, inmediatamente despues del entierro de un esposo amado, cuando resuenan aún en sus oídos los últimos ecos de la pompa fúnebre con que ha visto conducirse á la última morada

F. S. y S.

## EL ARREPENTIMIENTO.

Al pie del altar sagrado  
Donde la imágen se ve  
De Cristo crucificado,  
Clama un siervo del pecado  
Con el grito de la fé:

— ¡Héme á tu planta, Señor!  
En triste llanto deshecho  
Vengo á mostrarte el dolor  
Que despedaza mi pecho  
Cerrado para tu amor.

Aunque tarde, comprendí  
Que en esta morada impura  
Que florido Eden creí,  
Sólo hay noche y amargura  
Separándonos de tí.

Ciego entre lides cruentas  
Voy cruzando por la vida  
Donde á la humildad alientas  
Cual ave que cruza herida  
La region de las tormentas.

Goce y dicha ambicioné,  
Mas por lograr lo que ansiaba  
La virtud sacrifiqué;  
Y hallando lo que buscaba,  
Mi infortunio al par hallé.

Todos advertir pudieron  
Las lágrimas de mis ojos;  
Todos mis quejas oyeron,  
Mis pies desgarrados vieron  
Por los punzantes abrojos.

Mas ninguno en tanta pena  
Me brindó un consuelo humano  
Con alma clemente y buena...

¡ Y me llamaban hermano  
Con acento de sirena!

Tú que mi soberbia viste  
Me humillaste por el suelo;  
Mas oyendo mi voz triste,  
Desde tu trono del cielo,  
De mí te compadeciste.

¡ Dios y Padre! aunque no soy  
Digno de tu amparo santo,  
Rendido y humilde estoy;  
De mi oprobio me levanto;  
De tí vine y á tí voy.

Y aunque con rigor me hieres,  
¡ No abandonarte jamás  
Te prometo por quien eres!  
¡ Enclávame, si lo quieres,  
En esa cruz en que estás!—

Dice el pecador contrito,  
Y una voz siente en el alma  
Que parte de lo infinito.....

¡ Ella sus tormentos calma!  
¡ Es la del perdon bendito!

Antonio Arnao.

## Instituye Jesus la Eucaristía

Y SE DESPIDE

## DE SUS DISCIPULOS.

La salida de Judas daba á la causa de Jesus, un giro fatal y decisivo. En el pecho de aquel infeliz se había librado una contienda, en que habían tomado parte el cielo y la tierra, la misericordia entrañable de Dios y las pasiones más aviesas y miserables de los hombres. Esta contienda había andado dudosa y en balanzas mientras que el discípulo traidor perseveraba en la compañía y bajo la influencia de su Maestro. Desamparada esta influencia bienhechora, poseído Júdas del espíritu infernal, y yendo ya á avisar á los enemigos de su buen Maestro de ser llegada la ocasion de prenderle, toda esperanza estaba perdida, y las consecuencias gravísimas sobre toda ponderacion que con aquel hecho estaban enlazadas eran ya humanamente inevitables. Por estos pasos se iba preparando la obra de la Redencion humana, resultado á la vez de la accion de Dios y de la del hombre, palenque donde el cielo y la tierra, la vida y la muerte, la justicia y la misericordia habían entablado estupendo combate.

Juntamente con Júdas había salido de la familia de Jesus el espíritu de las tinieblas, que por tanto tiempo la había asediado y logrado al fin en ella triunfo tan deplorable. Alejado aquel espíritu maglino, la niebla de dudas y malas sospechas, que tan cruelmente habían atormentado á sus discípulos, parecía haberse disipado y renacido en todos los corazones la paz y la alegría acostumbrada. Libre de la angustia que le había ocasionado la presencia del discípulo traidor, el corazon de Jesus respiraba exenta y desahogadamente. Su mirada, al derramarse en su contorno, no encontraba más que amigos leales, en cuya bondad descansaba y en cuyo amor tenía sus delicias. Serenada la tumultuosa agitacion que la había perturbado, su fisonomía abríase á las expansiones de la franqueza y amistad, y sus ojos, velados poco ántes con sombras de angustiosa tristeza, se esclarecían con los más hermosos destellos; y estos destellos, reverberando como de un foco divino del rostro de Jesus, iluminaban los de sus buenos amigos y los avivaban con las efusiones de la más santa y celeste alegría.

Siendo llegado el momento de cumplirse los designios de Dios en la obra de la Redencion humana, era también llegada la hora más solemne de la vida de Jesus, aquella en que había de dejar al mundo su postrera manda y testamento, y en que, dando á sus discípulos su última despedida, había de darles también sus últimas y más altas enseñanzas, y derramar en sus pechos los más dulces y entrañables enternecimientos de su amor. Con esta



ocasion, las ideas que durante su vida le habían principalmente absorbido y preocupado, empezaron á obrar en su fantasía con particular viveza y á levantar en su corazon nuevos y más vehementes y encendidos afectos. Abarcando en toda su grandeza el plan de la Providencia divina en el negocio de la reparacion del hombre, considerábase próximo á dar cumplimiento á esta reparacion, que había sido el centro de sus pensamientos, el trasunto de todos sus afectos y el fin supremo de su peregrinacion por este mundo. Por los merecimientos de su vida, y en especial por los de la obediencia y prontitud de ánimo con que en aquel instante se ofrecía al cumplimiento de la voluntad de Dios, veía obrarse la salud del género humano, salir éste de la esclavitud á la gloriosa libertad, y disponerse á recibir la plenitud de gracias y beneficios que la divina largueza le tenía reservada. Lavado en la sangre purísima del Hijo de Dios, veía surgir el mundo divinamente hermoso y ennoblecido, reconciliado con la Soberana Majestad y restituido á su esplendor y primitiva pureza. Erguía la Iglesia Santa, nueva Jerusalem descendida del cielo, llena de gracia y hermosura, y ataviada con las más bellas preesas de la virtud y de la santidad. Los poderíos del mal, que hasta entonces habían dominado y tiranizado el mundo, eran definitivamente vencidos y quebrantados; las imprecaciones del odio y los gritos de dolor que habían convertido á la tierra en un traslado del infierno, eran sustituidos por las jubilosas exclamaciones de la esperanza y del amor; y destruido y derrocado el imperio de Satanás, aparecía definitivamente establecido el Reino de los cielos, y con él redimida la maldad de los hombres, y la justicia de Dios vengada y satisfecha, y la divina caridad reinando en los corazones humanos.

Este pensamiento, en lo que á la inteligencia del hombre es dado escudriñar en los misterios de Dios, hubo de inundar el corazon de Jesus de delicias inefables, esforzándole á aceptar con generosidad de ánimo incomparable el sacrificio que la divina voluntad en aquella hora le imponía. Y como el premio de esta obediencia y generosidad había de ser, juntamente con la glorificacion de la Soberana Majestad, la exaltacion de su propia Humanidad y el enalzamiento de la divina naturalza en ella escondida, la realizacion de aquel holocausto, aunque acompañado de los más atroces dolores y vilipendios, ofrecíase á sus ojos como causa productora de esta gloria imponderable; sus dolores é ignominias representábanse como prendas y preparativos de la más sublime victoria, y la misma cruz, al parecer patíbulo de ignominia, era para él símbolo de poder, trono de majestad y medio é instrumento del triunfo más grandioso y solemne. Así, enardecida su alma con esta vision, y lleo el pecho de santo entusiasmo, prorrumpló en estas palabras: (1) "Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en él. Si Dios en él es glorificado, al par Dios le glorificará á él en sí mismo y luego le glorificará."

Con acentos tan fervorosos daba el Redentor divino salida al gozo entrañable que inundaba su pecho; así esforzaba su cerazon al terrible combate que estaba á punto de librar con todos los poderes del infierno; de esta manera contemplaba el triunfo de su mortal carrera; y los discípulos, por su parte, arrebatados del amable hechizo que ejercía en ellos la divina Persona, participaban del gozo de su Maestro y se engeñan y enternecian con él y le daban muestras cada vez mayores del afecto y cariñosa simpatía que por él tenían.

Contemplando al Maestro divino en tan amorosa actitud, esperaban, sin duda, los amados discípulos que sus fervorosas palabras habrían de ser principio de alguno de aquellos dulcísimos razonamientos que de cuando en cuando solía hacerles; mas de pronto advirtieron que, guardando Jesus profundísimo silen-

cio, su fisonomía se iba iluminando con extraordinaria claridad, que su mirada centelleaba con brillo divino, y que en toda la disposicion del continente daba señales, no tanto de quereles hablar sobre algun punto de enseñanza, cuanto de efectuar delante de ellos alguna obra nueva y desacostumbrada.

En esto no les engañaba el corazon.

Habíase llegado la hora en que, cesando el Antiguo Testamento con sus figuras y promesas, iba á inauguarse el Nuevo con sus excelencias y y realidades; y el Sumo y eterno Sacerdote que estaba á punto de ofrecer su cuerpo en sacrificio por los pecados del mundo, iba á dar este mismo cuerpo en holocausto, no visible y sangriento, sino invisible é ineruento, pero real y verdadero, y en forma tal que pudiese ofrecerse, no una vez, sino innumerables, cuantas fuesen necesarias para aplicar á los hombres los merecimientos que con su ya inminente Pasion iba á granjearles.

A éste fin tomó Jesus en sus manos uno de los panes que habían quedado en la mesa, levantó sus ojos al cielo, y, despues de dar gracias en alta voz á la Divina Majestad, lo bendijo con particular bendicion, y lo partió en pedazos, y dándolo así partido á los discípulos, les dijo [2:] "Tomad y comed; éste es mi cuerpo, que es dado por vosotros." Y en virtud de estas palabras convirtió aquel pan en su cuerpo, y se lo dió á sus discípulos para que lo comiesen. Recibieron éstos el divino manjar que les era ofrecido por Jesus, creyendo lo que les decía su Maestro, y aprendiendo por experiencia lo que en otra ocasion (3) no habían querido creer cuando les anunció lo que había de hacer con el tiempo, es á saber: que la carne del Hijo de Dios era verdadera comida que sustenta el alma para la vida eterna.

Estaban aún contemplando aquel misterio soberano que en su presencia acababa de realizar el divino Maestro, cuando éste, tomando en sus manos una taza ó copa que junto á sí tenía, la llenó de vino, y, despues de dar gracias á Dios en la misma forma que ántes, la bendijo y se la dió, diciendo: "Bebed todos de este cáliz, pues ésta es mi sangre del Nuevo Testamento, que será derramada por muchos en remision de los pecados." Y recibiendo los discípulos de mano de su Maestro el cáliz, bebieron de él con singular respeto y reverencia, no dudando que la sangre del Hijo del hombre, que les era ofrecida por Jesus, era para ellos verdadera bebida que apagaba la sed del alma, ansiosa de bienes eternos, y precio y rescate de la Redencion de todos los hombres.

Despues de haber experimentado los discípulos los efectos del celeste alimento que por tan milagrosa manera les había sido dispuesto y preparado, tomando la mano Jesus, les dijo: "Esto que me habéis visto hacer á mí, hacedlo en adelante vosotros en mi memoria;" palabras que se les quedaron tan grabadas en la mente, que la celebracion de los sacrosantos misterios que en ellas les encargaba el Salvador fué tenida por ellos como la manda más sagrada de cuantas les había encomendado Jesus, solemnizándola en sus santas reuniones, firmemente persuadidos de que con ella, no sólo honraban la memoria de su Maestro, sino de que se unían y se incorporaban con él y ofrecían el cuerpo y la sangre de Jesus en sacrificio invisible, pero real y verdadero, absolutamente acepto á la Divina Majestad, y perdurable por toda la sucesion de los siglos.

Absortos por las maravillas que acababan de presenciar estaban los discípulos inmóviles en sus sitios, fija la vista en Jesus y suspensos de las palabras y acciones de su Maestro. Contemplábanle santamente embelesados, y en su deliciosa y centelleante mirada, en la divina sonrisa que ondeaba en el purpúreo labio, en la expresion del semblante, lleno de majestad é incomparable belleza, bebían mares

de amor, de gracia y de dulzura. Era aquel el espectáculo más hermoso que se ha ofrecido jamás á los ojos de los ángeles y de los hombres. El rayo de la Divinidad iluminaba aquella escena, y encendía y transportaba los corazones. La faz de Jesus estaba cercada de una aureola celeste. Irradiaban sus ojos destellos divinos, y la tez de su rostro, coloreada con los más suaves matices, bañábase en inefables resplandores. De todo su cuerpo parecían transpirar emanaciones de la Divinidad, que, flotando invisiblemente en la atmósfera, esparcían una como corriente de efluvios divinos que endiosaban los pensamientos y los afectos de los circunstantes. La luz de la divina Esencia, que, en todos los instantes de la vida de Jesus, había resplandecido en su persona, destellaba en aquella ocasion con más viva y hermosa claridad. Dios y el hombre, lo más grande que hay en el cielo y lo más magnífico que puede existir en la tierra, se habían aunado en concierto sublime para realzar la sagrada Humanidad de Jesus y ofrecerla á los mortales en su actitud más grandiosa y divina. Los ojos que contemplaron en aquellos instantes á esta santa Humanidad vieron el espectáculo más hermoso que se ha visto en los siglos. Los corazones que gozaron de la corriente de deleites que se derivaron entonces del corazon de Jesus, participaron de las riquezas más espléndidas de la divina caridad, y disfrutaron en momentos rapidísimos eternidades de inexplicables delicias.....

PADRE MIGUEL MIR.

### AL SACRATISIMO CORAZON DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Baja Dios de los cielos,  
Baja á esconder tu gloria y tu grandeza  
Trás de místicos velos,  
En este altar que erige en su pobreza  
La tierra humilde á tu suprema alteza  
Ven, y acepta benigno  
Un ara más donde tu amor pregones,  
Tú, de quien es digno  
Todo el valer de los terrenos dones,  
Corazon, amador de corazones.  
Aquí cien argentinas  
Voces de labios niños, gorjeadores  
Como aves matutinas,  
Cantarán incesantes tus loores  
Entre aromas de incienso y de flores  
¡Cuántas plegarias pías  
Moverán hácia Ti vuelo tembloroso!  
¡Qué castas alegrías  
De almas esposas del divino Esposo!  
¡Cuánto gemir de pecador lloroso!  
Y tú, blandos oídos  
Al ruego prestarás y asilo cierto  
Donde los afligidos  
Refugien su dolor del mundo muerto  
Al mundo vivo en tu Costado abierto.  
Quien á ese pecho (fragua  
Y artifice de amor que á amores mueve,  
Manando sangre y agua)  
Labios sedientos á llegar se atreve  
¡Qué de delicias sin saciarse beber!  
¡Oh del ignipotente  
Amor que endiosa vívidos destellos!  
¡Oh dicha indiciente!  
¡Oh claridad de resplandores bellos!  
¡Oh dulce vida de quien vive en ellos!  
Gozoso es ahí el lloro,  
Tranquilo el anhelar con ansia inquieta,  
La pobreza es tesoro,  
Libre es allí la voluntad sujeta,  
Blando amor el llegar de tu saeta.  
¿Y tanto al Infinito  
Pudo obligar humana criatura,  
Vil sierva del delito  
Que por ella descienda de la altura  
A esta mansion con el pecado impura?  
Tú, para quien superno  
Trono alza el cielo en fulgida morada,  
¡Oh Hijo del Eterno!  
¿Cómo escondido el habitar te agrada  
Con los hijos oscuros de la nada?  
¿Qué á Ti marmóreas aras  
Ni fulgor de oro en bóveda atrevida  
Do irisan piedras raras?  
¿Qué á Ti la lengua en grato son movida  
Si ignora la alabanza merecida?  
Mas ven: un templo vivo  
Aquí cada alma para Ti fabrica,

(1) Jo., XIII, 31.

(2) Matt., XXVI, 26 y sig.

(3) Jo., VI, 48 y sig.



Donde el deseo activo  
De amar y amada ser su amor duplica,  
Y con sollozo y lágrimas se explica.  
Ven. Con traidora guerra  
La impiedad ciega, el sensualismo inmundo  
Son dueños de la tierra:  
De este abismo de error y mal profundo  
Sólo tu AMOR podrá salvar al mundo.

BRISARIO PEÑA.

Quito, Octubre 11 de 1885.

## JESUS.

### I

“NON omnis moriar!” Exclamaba el predilecto amigo de Mecenas, interpretando en esta frase el sueño de inmortalidad que, desde el comienzo de los siglos, agita el cerebro y el corazón de los hombres. Pero no hay sueño ninguno que sea tanta mentira como esa inmortalidad.

Apelan los héroes y los sabios al juicio de los pósteros creyendo hallar en él la justicia denegada por sus contemporáneos.

Y pasa el tiempo, y nueva generación se levanta; pero la mano que creyeron vendría á ceñirles el laurel apetecido, es la que borra su nombre y extingue su recuerdo.

Esta es la historia de las grandezas del mundo; conmueven un día la tierra con el estruendo de sus hazañas; mas, apenas llegadas al zenit de su esplendor, descienden al caos y se desvanece su recuerdo como la palabra que los nombra.

Alejandro, César! Aristóteles! Nombres y sólo nombres... ¿Qué puede su recuerdo infecundo y estéril?

¿Quién sabe de ellos? ¿Quién adora su sepulcro y venera su cuna?.....

¡Ah! Su nombre fué humano, y ningún hombre humano hace palpitar un corazón por muchos siglos....

Van los hombres, sabios ó ignorantes, grandes y pequeños, buscando por el erial de la tierra quien les ame para siempre. Derraman su corazón sobre otro corazón; sacrifican y consagran todo su ser y su vida toda á otro ser y á otra vida; con apasionados juramentos creen asegurarse y pertrecharse contra el olvido. Y cuando piensan haber alcanzado la dicha y asegurado la inmortalidad, llega la muerte y destruye sus esperanzas.

Quien los amaba, viene después á regar su tumba con lágrimas y con flores; pero da un solo paso el tiempo, y aquellas flores se marchitan y aquellas lágrimas se secan.

Entre las piedras agrietadas del sepulcro crece el jaramago y, sobre las ruinas del recuerdo, nacen en el alma nuevos amores.

¡Tal es la historia del amor y de las grandezas humanas!

### II

Hay sin embargo un hombre, uno solo, que no muere, que es de ayer, de hoy y de mañana.

Pronto habrán pasado diez y nueve siglos de su tránsito por el mundo, y es rey todavía de las almas y amor de los corazones.

Por él cierran las vírgenes su espíritu immaculado y sólo lo abren en misterioso deliquio para enviarle sus perfumes.

Monarcas y repúblicas abandonaron por él su poderío y su gloria, ó le sirvieron como heraldos de su nombre.

Han hundido por su amor, en la oscuridad de un claustro, princesas y reinas su grandeza y su hermosura, creyéndose dichosas sí, ante los pies de ese hombre, en su trono terrestre, contemplan las blancas flores labradas por ellas, y juzgándose más felices aún cuando, por intuición inefable, ven, ante el solio conquistado en el cielo por ese hombre, los oscuros sacrificios de sus almas.

Innumerables jóvenes le consagran todavía su cuerpo y los castos amores de su corazón, y lejos de la patria, de la familia, acaban, entre los dolores del martirio, una

vida que bien pudo ser de placeres y de dichas.

Van por ellas doncellas á horrorosa isla para dejar allí sus encantos y su florida existencia entre los horrores y las miserias de enfermedad asquerosa.

¡Oh, sí! Jesucristo! es el único inmortal! Vive aún en los espíritus rectos, palpitan por él todos los corazones honrados.

Hay todavía quien sienta los ultrajes á su memoria, quien emplee su vida, sus riquezas y amores por evitar uno solo; y cuando en su presencia se le ofende experimentan cuantos le aman inmensos dolores.

### III

¿Quiénes, fuera de Jesucristo, han logrado esa vida universal en las inteligencias y en los corazones?

Sólo aquellos que ligados á El por el amor triunfaron de sí mismos para ser como Jesús glorificados ante los cielos y la tierra.

El los hace partícipes de su inmortalidad. Francisco de Asís, Benito José Labre, humildes y despreciados mendigos, reciben universal homenaje de admiración y cariñosa ternura en todas las generaciones, mientras que pocos saben si existió Virgilio ó si la Grecia escuchó atónita alguna vez los acentos inspirados del sublime ciego de Esmirna.

En todas las naciones y en todos los pueblos se levantan altares á una oscura y humilde Virgen de Nazareth, á quien nosotros, los desheredados de la “civilización,” los hijos del retroceso, damos el nombre dulcísimo de Madre; ella no conquistó reinos, no descubrió nuevos mundos: vivió y murió entre oscuros plebeyos sin que las naciones llegaran á percibir su existencia.

Y sin embargo, ¿hubo algún héroe, algún legislador, estadista ó filósofo, que, como ella, reciba adoraciones y homenajes de un cabo al otro del mundo?

Por ella los reyes de la arquitectura levantan basílicas majestuosas; los géneos del buril estatuas magníficas; los que tienen el raro poder de dar vida á los lienzos, la pintan y decoran con singular belleza y los que saben arrancar á una lira invencible acentos indecifrables que penetran como virginal perfume en el alma, no han dejado en ninguna nación, en ningún siglo, que fenezca la voz humilde de la plegaria, el acento majestuoso del himno universal que principió con el nacimiento de esa Virgen y no acabará ni cuando se consuman los siglos.

Sólo Jesús es inmortal: sólo El puede hacer partícipes de ese raro don á sus amigos verdaderos.

Sólo El es grande porque es Dios; mas ha prometido á sus hermanos que serían dioses si, como El, se anonadan y se desprenden de sí mismos.

### IV

Un hombre que era eximio ante su época y merecía serlo, confesaba que la grandeza de Jesús se le imponía tanto, y con claros testimonios, que la fé en su Divinidad no le parecía ni siquiera meritoria; y que se admiraba á veces de que no le faltasen enemigos.

Pero ¡ay! se necesitaba que Jesús tuviera no sólo la inmortalidad del amor sino también la del odio.

Sólo de El es el privilegio de los enemigos eternos é irreconciliables.

Un odio muere y otro se levanta; mas el que se tiene á Jesús, subsiste después de diez y nueve centurias.

Todo el día pelean sus enemigos y aprestan de noche sus armas para el nuevo sol en que esperan el triunfo.

Pero nace otra vez la luz y alumbrá otro combate y otra nueva derrota.

Jesucristo entre tanto mira desde su trono de amor nacer y morir todo lo que es del mundo: los hombres y su efímera grandeza, los tiempos y su instantánea gloria.

Y, como lo predijeron los profetas, como lo anunciaron los apóstoles, y como lo predica aún la conciencia de la humanidad, Jesu-

cristo, á despecho de todas las iras impotentes, de todos los odios satánicos, vence, reina y tiene omnímodo, absoluto é incontrastable poder! “Vincit, regnat, imperat!”

## LA CRUCIFIXION.

Mirad cómo le escupen;  
Le azotan, le escarnecen  
De espinas y de abrojos  
Corónanle la sien;  
Al peso de un madero  
Sus fuerzas desfallecen,  
La veste ensangrentada  
Desgárranle también.

No encontraron los verdugos en su satánica idea  
Otra víctima en Judea para arrastrarla á morir,  
Y Jesucristo bendito ante un populacho inmundo  
Por la salvación del mundo va su espíritu á rendir!  
La bárbara muchedumbre río feroz del sacrificio!  
Que le lleven al suplicio! va gritando el pueblo infiel  
Y con la frente inclinada por la calle de Amargura,  
Conduce la zambra impura al Santo Dios de Israel.

Al tiro de una soga  
Sus pasos apresura,  
Y contra duras piedras  
Por siete veces dió!  
Alzóse resignado  
Y en sangre noble y pura  
De su insegura planta  
La huella humedeció!  
Los aires ensordece  
La heráldica trompeta  
Que fúnebre precede  
Los gritos del pregon!  
El sol en occidente  
Velado se sujeta,  
Naturaleza entera  
Se cubre de crespon!  
Las olas irritadas  
Salvaron la ribera  
Coléricos los mares  
Unieron su raudal!...  
Su pecho alzó indignado  
La víbora altanera,  
Falaz habitadora  
Del místico arenal!  
Cruzaron por los aires  
Sin cánticos ni arrullos,  
Los tiernos pajarillos  
Transidos de terror;  
Las fuentes, los arroyos,  
Callaron sus murmullos  
Los campos y collados  
Perdieron su verdor!  
El cábaro tan sólo,  
Del Gólgota en la cima,  
Su lúgubre gemido  
Cuitado levantó!  
Gemido que la muerte  
Del Justo nos intima,  
Agreste “de profundis”  
Que el mundo no escuchó.

Silencio...! Murió Jesús!  
Los verdugos lo mataron;  
Pies y manos le clavaron  
Los iniecos en la cruz!

Y allí se ve del Gólgota en la cumbre  
Sin voz, sin vida... sin aliento ya!  
INRI para la fiera muchedumbre!  
Desleal Jerusalem, helo... allí está!  
La chusma salvaje del pueblo maldito,  
Dió fin á su obra... murió el Hombre-Dios!  
Mas ¡ay! que con letras de fuego está escrito  
Que vierte su sangre quien sangre vertió!

No olviden los verdugos sus burlas ni sus risas,  
Su grito afrentadora no olviden nunca... no!  
Que en breve entre montones de escombros y cenizas  
Verán acobardados la cruz de su expiación!

L. M. PEREZ.

[Poeta colombiano.]

## A MARIA.

¡Oh Madre de Jesús de Galilea!  
Tú hablas al corazón y al pensamiento  
Del grave artista que en trabajo lento  
Calla, medita, se estreñece y crea.  
Que en tí el místico artista se recrea,  
Y á ritmo ó mármol, al soplar tu aliento,



Da el eterno ideal del sentimiento  
Y el sentimiento eterno de la idea!  
Y al dejar el artista los enojos  
De esta vida infeliz, tras luchas tantas,  
Cuando entrega á la sombra sus despojos,  
Más allá de los astros lo levantas,  
Y haces que el cielo se abra ante sus ojos  
Cuando se abre la tierra ante sus plantas.

J. Rivas Gool.

## JESUS Y YO.

**D**IME, sér de mi sér, ¿por qué no soy?  
Dime, vida mía, ¿por qué no vivo?  
Dime, pensamiento de mi pensar,  
¿por qué no pienso?  
Dime, luz esplendorosa, ¿por qué no te miro?  
Dime, hechicera melodía, ¿por qué no te escucho?  
Dime, flor de las flores, ¿por qué no me atraen tus perfumes?  
Dime, maná caprichoso, ¿por qué no des cansa en tí mi gusto?  
Dime, brisa adormecedora, ¿por qué no embebeces todos mis sentidos?  
Dime, Sér, Vida, Pensamiento, Luz, Melodía, Flor.... Todo, ¿por qué no soy y vivo y pienso en tí?  
Dime, belleza sin par, ¿por qué no me robas?  
Dime, amor embelesador, ¿por qué no te amo?  
Dime, dulce encanto, ¿por qué no me enloqueces?  
Dime, sol abrasador, ¿por qué no me abrasas?  
Dime, fuego inextinguible, ¿por qué no me trasformas?  
Dime, libertador, ¿por qué soy esclavo?  
Dime, esclavo de mí, ¿por qué soy libre?  
Dime, redentor de mis pecados, ¿por qué estoy encadenado?  
Dime, alma de mi alma, ¿por qué me vivificas?  
Dime, dolor de mis dolores, ¿por qué no me duelo?  
Dime, llanto de mis ojos..... ¿por qué no lloro?  
Dime, dulzura de mis amarguras, ¿por qué gozo?  
Dime, amargura de mis gozos, ¿por qué no me apeno?  
Dime, origen de mi elevacion, ¿por qué me abato?  
Dime, humildad de mi soberbia, ¿por qué me ensalzo?  
Dime, azotado, escupido, befado, ahelado, crucificado por mí y muerto en madero maldecido, ¿por qué yo vivo en ingratitudes, en desdenes, en odiada pobreza, en deleites, en riquezas, en honores?....  
¿Por qué así, Creador y Redentor y Amor de mis amores?  
¡Ah, Dueño y Vida mía! ni sé cómo no me anonado al considerar que siendo tú mi sér, mi vida y mi pensamiento como eres sér, vida y pensamiento de todo, yo, sin embargo, soy, vivo y pienso fuera del que es el sér, la vida y la inteligencia: soy, vivo y pienso,—lo diré, Señor,—en la nada, en el no ser. Es inmensa la ignominia que de esta confesion nace; pero es la verdad, y de la ignominia que engendra la verdad, ha de venir mi salvacion.  
Hasta hoy no he existido, ni he vivido, ni pensé en tí. Mi confesion ha de ser causa de que me quieras, imán de mi corazon, y yo te confieso mis errores y extravíos. Para existir, vivir y pensar en tí necesito conocerte á mí. Yo te prometo, Señor, conocerte, porque tú me has de dar ese conocimiento.  
¿Cómo existiré en tí, Jesus mío?—Mi razon y mi fé, que tuyas son, me enseñan que á tí te debo el sér: mi esencia y mi existencia tienen en tí su apoyo, en tal grado que se reducirían á la nada en el instante en que separases de ellas tu mano omnipotente.  
Seré, pues, y existiré en tí, oh mi Dios y

mi Señor; pero no sin darme apénas cuenta de esa subsistencia, como hasta hoy por desgracia mía sucedió, sino íntima y continuamente penetrado de esta verdad, é inmensamente más convencido que lo estaría un triángulo de que es el espacio limitado dentro de tres líneas rectas que se cortan en determinados puntos, ó que lo estaría el fluido eléctrico de que merece tal nombre cuando los átomos chocan entre sí impulsados por fuerza inexplicable y producen el movimiento que llamamos electricidad, si aquella superficie y este elemento misterioso gozasen de entendimiento.

Y así, mi Dios, como el triángulo no podría pensar, si pensase, que lo era sin sus ángulos, pues dejaría de ser lo que es; y el fluido eléctrico, si pensase, no tendría conciencia de que lo era sin que los átomos girasen en incomprensible pero "ordenado" torbellino, así yo no perderé jamás de vista que sin tí no soy; y siendo mi sér mi existencia actuada, yo actuaré, en cuanto es asequible á la naturaleza racional, mi conciencia en la causa de su sér, que eres tú, razon primera y final de todo sér.

¿Y cómo conseguiré vivir y pensar siempre en tí, Rey del Universo?—De tí tambien aprendí, Jesus mío, el modo de ser túlmi vivir y mi pensamiento. Lo que los amigos no han podido realizar jamás, tú, Señor, lo has realizado. Yo, bien mío, cuando he tenido un amigo verdadero, he querido ser su corazon, su alma, su felicidad, y he querido que mi amigo fuese mi felicidad, mi alma, mi corazon, mi sér, he intentado identificarme con él para que él se identificase conmigo: ese es el sublime ideal de dos amigos verdaderos. Pero ni yo lo conseguí, ni se sabe que nadie lo haya obtenido jamás. Es un tesoro tras del que corremos; pero se nos huirá siempre de entre las manos y "aquí" no se alcanzará nunca.

Mas tú, oh amigo de los hijos de los hombres, tú lo has hecho asequible. "Comed y bebed," exclamaste con tu palabra omnipotente: "este es mi cuerpo, esta es mi sangre: quien comiere mi carne y bebiere mi sangre, vivirá eternamente. Yo viviré en él y él vivirá en mí."

Jesus mío, ¿quién creyera tal maravilla y portento tan asombroso, si no supiésemos que cifras tus delicias en estar con los hijos de los hombres!

No más ingratitud, Padre amorosísimo, Jesús benignísimo y amigo cariñosísimo. Yo comeré tu carne y beberé tu sangre: en eso está la vida y viviré: en eso consiste la amistad y seré tu amigo: ahí radica la felicidad y la conseguiré. Me acercaré á tu altar, presenciare tu inmolacion, iré al augusto tabernáculo y pediré al Sacerdote tu Cuerpo sacramentado y me alimentaré, y, viviendo tu vida, no pensaré más que en tí, Verbo Encarnado en la Rosa Inmaculada de Nazaret, que es tambien madre mía. Sufriré porque tú sufres: cumpliré tus mandamientos porque eso es todo el hombre y porque en cumplirlos consiste que te agrada. "Domine: pati, et contemni pro te, et mandata tua ser vare."

Jesus, mi sér, mi vida, mi pensamiento, concédeme sea tu amigo á mí, infeliz pecador.

### LA ORACION.

I

Se acerca el sol al ocaso,  
y yo, con el alma inquieta,  
las colinas de Mendieta  
traspongo con lento paso.  
Y subo, y subo, al fin  
gano más altas colinas,  
y huello las santas ruinas  
del templo de San Martin.  
Y aquí me paro un momento,  
y por natural instinto,  
rezo y lloro, y canto y pinto  
lo que veo y lo que siento.  
Que la sublime belleza!  
del sol tocando á Occidente

dice al alma del creyente:  
"Canta y pinta y llora y reza."

II

El sol se hundi6 tras los montes,  
que, cual faja de verdura,  
circuyendo la llanura  
limitan los horizontes.  
Y todo, en tierra y en mar,  
ejerce en mí dulce imperio,  
bañado por el misterio  
de la luz crepuscular.  
Mas ya con sus vibraciones,  
"¡reza!" una campana dice,  
¡y es la del templo en que hice  
mis primeras oraciones!  
¡Silencio! y al mundo vano  
olvida, alma mía inquieta,  
que ante Dios.... calla el poeta  
y se arrodilla el cristiano.

Antonio de Trueba.

## LA CRUZ.

Una mirada á la Cruz del Salvador, comunica al alma aliento y valor en medio de las luchas de la vida; de ahí que en estos dias, de meditacion ante la sublimidad del Calvario, enmudecen las pasiones y siéntense rendidas, para dar consoladora tregua á las rudas lides en que se revuelven las modernas generaciones, defendiéndose encontradas opiniones en todas las esferas sociales.

La cruz incesante de la vida no puede aligerarse más que con la influencia soberana de la Cruz en que por nosotros murió el Autor de la vida. Sin esa Cruz sacrosanta, falto de fuerzas el hombre y abatido, no sabría hallar el camino de su engrandecimiento para llegar al logro de sus más nobles ideales.

Hasta el incrédulo, en presencia de la Cruz, medita y espera; es que su sombra inspira simpáticas consolaciones, y proyecta todo un mundo de recuerdos y esperanzas que nos elevan al cielo, para desprendernos de las miserias de la tierra. He ahí por qué en los dias en que la Iglesia nos presenta más de cerca la Cruz de nuestro adorable Redentor, nuestro espíritu está más sereno, y mira con ménos interés lo que se agita en la Babilonia de la política y en la Pentápolis de las humanas degradaciones.

Es la Cruz símbolo de la muerte y de la vida; de la muerte porque en ella murió nuestro Divino Jesus; y de la vida, porque en ella nació el hombre, y sin la Cruz hubiera faltado el sello sublime que nos hace llevadero y aun gustoso el sacrificio.

La grande obra de la redencion del género humano, por extraordinaria y transcendental que pareciera en la noble causa del humano engrandecimiento, sin la Cruz, no ostentaría tantos títulos de amor y abnegacion en nuestro Redentor, ni hacia Él reclamaría tan justamente nuestra admiracion y reconocimiento.

Es que venía á dar la felicidad al hombre lleno de tribulaciones y amarguras en el camino de la vida, debía conducirle por el camino de la cruz, para que en él se viera fuerte y pudiera cargar, sin desfallecer, las cruces, que hasta la muerte le rodean por todas partes.

Por esto la humanidad siente espontánea y universal simpatía por la Cruz, y lee en ella los caracteres del dolor y de la resignacion.

Una Cruz encierra toda una historia de sacrificio, y todo un poema de amor.

El instrumento de muerte más ignominioso en el testamento bíblico, se ha convertido en el signo más poético y consolador en el testamento evangélico; en el tiempo de las sombras, era la cruz horroroso patíbulo de malhechores; en el tiempo de las realidades es enseña de predestinacion y de gloria; ántes su nombre horrorizaba; hoy consuela y llena de esperanza; sin la Cruz no somos dignos de Jesucristo, con la Cruz nos hacemos fuertes en el Calvario de la tribulacion, y se-



guimos á nuestro Redentor hasta el Paraíso, para gozar la gloria de los escogidos.

Admirables son los efectos producidos por la cruz: en ella fuimos redimidos, por ella nos sentimos fuertes y con ella vivimos felices; en ella quedamos rehabilitados delante del Padre Eterno; por ella volvimos de nuevo á ser herederos del cielo y con ella vencemos las iras del comun enemigo de las almas; en ella hallamos el principio de la vida espiritual; por ella pierden su valor las tentaciones y con ella saludamos con gusto todas las contrariedades; en ella ciframos nuestras eternas esperanzas, por ella brilla sin cesar la idea de nuestra salvacion y con ella abrazamos gustosos las duras pruebas de la contradiccion de las pasiones; en ella está la luz de nuestros eternos amores, por ella caminamos resignados á nuestro inmortal destino y con ella esperamos tranquilos la hora de las inmarcesibles recompensas.

Desde el venturoso eco de aquel "consumatum est," la cima del Gólgota es como inextinguible faro que despide universales fulgores en el Océano de nuestra peregrinacion, porque de la Cruz que en aquella cima se ostenta, irradian eternos resplandores, que nos guían al puerto de eterno sosiego y de imperturbable reposo.

Fué la cruz el arma de los apóstoles, el escudo de los mártires y el auxilio de los confesores; su presencia derribó los pedestales de los ídolos, coronó con sin igual hermosura las torres de los césares y guió mil veces á los soldados de Cristo á la victoria.

Es la cruz elegante adorno de la dama cristiana, insignia de heroísmo del guerrero, guía del peregrino en las soledades, emblema de mansedumbre en los Pontífices y consolador recuerdo sobre la tumba de los seres amados. Es, por fin, la cruz símbolo de libertad y de progreso. Por ella rompiéronse las cadenas del pecado y los pueblos saludaron el restablecimiento de sus derechos y de su porvenir, y la ruina del servilismo y de la barbarie; en donde se halla una cruz, allí está el espíritu de Cristo, que es espíritu de bondad, de fraternidad, de libertad y de todas las virtudes.

Por esto la civilizacion avanza con los apóstoles de la cruz, que penetran hasta donde tiene su asiento el más grosero salvajismo, haciendo soldados del catolicismo, religion de sacrificio y de amor, de ternura y de caridad, en una palabra, de verdadera civilizacion.

En medio del desbordamiento de las pasiones y del fragor de incesantes luchas, levantemos nuestros ojos á la Cruz de nuestro amoroso Salvador y aprendamos de nuestro Divino Maestro la mansedumbre celestial, que casi exánime y víctima de las pasiones de los hombres, le hacía exclamar: "¡Perdónales, Dios mío, que no saben lo que hacen!"

## EL DIOS EUCARISTICO.

ES indudable que el hombre tiene aspiraciones infinitas ó siente una abrasadora fé por lo infinito; la tierra le parece estrecha cárcel, y el tiempo una cadena que arrastra á sus plantas, impidiéndole caminar á la patria; el abismo de su corazon no lo llena, ni todo el poder, ni toda la gloria, ni toda la hermosura, ni todas las riquezas, ni todas las coronas del universo.

Sentimos sed infinita de verdad, que no sacia toda la conciencia humana; ideal de bondad, que no vemos realizado en el espacio; amor á la belleza, que no satisface la lira de los poetas, el genio de todas las artes, las páginas de la literatura universal; sentimos deseos vehementísimos de Dios, de un Dios con un corazon como nuestro corazon, con una carne como nuestra carne, visible á los ojos, para contentar á la vez el entendimiento, la imaginacion, los sentidos, y su desconocimiento ha llevado á los extraviados mortales á poner el trueno en manos de Júpiter, á encarnar

las formas divinas en el mármol ó en la piedra, á poblar el mundo de ídolos y postrarse temblorosos ante imaginarias deidades, brutales ó graciosas, ó á fantasear monstruosas mezclas del Infinito con el Finito, dando á todos los seres substancialidad divina y representando á todas las criaturas como evoluciones del sér divino á través del tiempo y del espacio.

El panteísmo que dice: "Todo es Dios," como el materialismo que añade: "Ese ídolo de madera ó de piedra es Dios," son dos síntomas monstruosos, nacidos del deseo inmenso, de la sed insaciable, de la imperiosa necesidad que el hombre tiene de Dios. En el fondo de esos errores hay una verdad sublime, la idea de Dios, que nos inquieta y atormenta hasta el punto de que, si no vemos al verdadero Dios, divinizamos el aroma de las flores, el viento, el rayo, la tempestad, las nubes, los astros, los poetas, los héroes, adornándoles con atributos divinos.

Inútiles, sin embargo, que busquemos las satisfacciones de nuestras ambiciones infinitas en las deidades paganas, en el Dios inmenso de los panteístas ó en el Dios grosero de los materialistas. Inútil es que pidamos la dicha á las esencias de los jardines, al eco de los cánticos, á los conciertos de las aves, á la luz de los astros, al oro y al poder.

¿Serán, pues, irrealizables nuestras aspiraciones? ¿Seremos viajeros condenados á caminar por los desiertos de la vida abrasados de sed, sin tener un árbol, ni una fuente, caldeados los ojos por los rayos del sol, del aire enardecido; viendo, sin poder tocarlos, los lagos y los ríos que se burlan de nuestros deseos y agujonean nuestra sed para morir renegando de nuestro infeliz destino? ¡Oh! no, no. Dios no deposita en el hombre tendencias y aspiraciones que no puedan ser contestadas. Hemos sido formados para Dios, y sólo hallaremos felicidad cuando reposemos en Dios.

Aquí en la Eucaristía colma Dios la ambicion de la criatura, elevando al hombre hasta sí mismo, dándose á nosotros sin confundirse con nosotros; embriagándonos de celestial delicia y acercándose á nosotros sin quitarnos nuestra personalidad.

La Eucaristía es el oasis divino en el desierto de la vida, donde se encuentran Dios con su ternura infinita y el hombre con su miseria inmensa, donde Dios y el hombre se dan el beso de la paz, Dios se humaniza y el hombre se levanta, la Divinidad satisface su deseo de comunicar amor y la humanidad su ansia de deificacion.

Aquí en la Eucaristía brilla el sol de la verdad, que esclarece al filósofo, inspira al poeta, fortifica nuestras facultades, perfuma nuestro sér y alienta al bien la libertad de nuestro espíritu. Aquí adquirimos la prenda de un mundo mejor, de ese mundo, cuya idea nos exalta cuando presenciamos los hermosos espectáculos de la naturaleza, delante del mar en calma inundado por la luz de la luna y en presencia del cielo cargado de estrellas. Aquí nos convencemos de que la muerte, esa negra y pavorosa muerte, es una transformacion gloriosa de la vida en que nuestra alma sacude el sueño y vuela en pos del infinito. Aquí nos persuadimos de que pronto será satisfecha plenamente esa nuestra ansia de inmortalidad. Aquí nos convencemos de que desaparecerá esa tristeza, que hay siempre en la copa de todos los placeres, aun en los más puros y de que se saciará nuestra tendencia hacia lo absoluto.

¿Quién inicia en el hombre la vida divina? El Dios de la Eucaristía. ¿Quién aplaca los huracanes de sus pasiones? El Dios de la Eucaristía. ¿Quién disipa su pena en la afliccion, en la orfandad, en la viudez, en las crisis tan continuas de la vida? El Dios de la Eucaristía. ¿Quién alienta en su pecho la esperanza de una patria mejor, convenciéndole de que el ansia por lo infinito, lejos de ser un engaño, un engendro fantástico de su calenturienta imaginacion, se realizará en el cielo, donde el hombre, aquí tan desgraciado, bebe-

rá la hartura divina? El Dios de la Eucaristía. ¿Quién es, en fin, su viático la víspera de la muerte? El Dios de la Eucaristía, que traslada su alma de la region de los enigmas y de los velos al seno de la Verdad, de la Bondad y de la Belleza infinita.

Estas consideraciones nos sugiere la solemne Festividad de hoy, en que todo, la agricultura, la industria, el comercio, la marina, la milicia, la política, en una palabra, toda la máquina del universo parece detenerse de repente para contemplan estática el Misterio de los Misterios, el Milagro permanente, el Monumento augusto del Amor y del Poder de Dios, la obra más maravillosa del Altísimo, y rendir un justo homenaje de adoracion á su Autor.

### LA LEYENDA DE LA CRUZ.

Cuando Adán estaba ya próximo á morir, llamó á Set y le dijo: "Ve al Paraíso terrenal y pide al ángel Gabriel, que está allí con una espada de fuego, que me deje entrar una vez ántes de morir." El enviado se fué y cumplió con la mision que su anciano padre le dió, pero el ángel San Gabriel le respondió: "Ni tu padre, ni tú, ni tus descendientes entrareis en el paraíso terrenal, pero sí en el celestial."

Después de la anterior contestacion, Set se contristó y llorando amargamente, pudo ver á distancia el lugar de delicias que sus padres perdieron por haber desobedecido al Creador y dueño de todas las cosas. Luego el ángel le llamó y le dijo: "Set, tu padre debe de morir muy pronto; he aquí tres semillas del árbol prohibido; después que haya muerto, colócaselas en la lengua y sepúltale así."

Volvióse Set á su casa y dió cuenta á su padre del resultado de su mision, sin saber nada del misterio que entonces se comenzaba á preparar. Enteróse Adán, con verdadero interés, y recomendó el cumplimiento de aquella disposicion, recomendacion que fué religiosamente obsequiada, pues cuando murió, Set le dió sepultura, poniéndole ántes en la lengua las tres misteriosas semillas de que hemos hablado, las cuales germinaron en la boca de Adán, y produjeron tres hermosísimos árboles, que llegaron á ser muy hermosos á la vista.

Cuando Moisés pastoreaba el ganado de su suegro y la curiosidad le acercó al monte Siná, en que las zarzas ardían sin consumirse, llevaba un báculo que tomó de dichos árboles y que le sirvió para hacer los muchos milagros que nos ha transmitido la historia.

Luego que los hijos de Israel salieron de Egipto, comenzaron á construir ciudades y fortalezas para defenderse de los enemigos. En la edificacion de Jerusalem quedaron fuera de la poblacion los tres históricos árboles de Adán, hasta que el Rey David los hizo rodear de una muralla, y puso allí su palacio, por haberle llamado mucho la atencion la preciosidad de ellos.

Aunque los frutos de los árboles eran hermosos, no se podían comer por ser demasiado amargos. David hizo bajar tres para cortar y en uno se encontró polvo, y en otro se leía: "acéptalo con amor" y en el tercero se vió la pasion de Jesucristo.

Andando el tiempo y sucediéndose las guerras que eran muy continuas, desaparecieron las murallas y el palacio del rey profeta, y habiéndose dispuesto destinar aquel sitio para el suplicio de los malhechores, Herodes I hizo cortar los tres árboles precitados el año de 3930, y de cuyo madero fué hecha después una cruz de cinco varas de largo, para la crucifixion de Jesus Nazareno.

Llevado el Divino Maestro al Gólgota para cumplir con la inicua sentencia de Pilatos, fué colocada la cruz del Redentor encima de la sepultura de Adán, contigua á la de Eva. A la muerte del Hijo de Dios hubo un gran terremoto, se agrietó la tierra y corriendo la preciosísima sangre del Salvador, bajó hasta el suelo y humedeció el polvo de nuestros primeros padres, que allí yacían esperando los momentos supremos de la redencion humana.

ANGEL E. SALAZAR.